

INVISIBLE

No sé ni en qué día estamos. En esta casa no hay calendarios, y en mi memoria los días están hechos una maraña. Me acuerdo de esos calendarios grandes, unos primores, ilustrados con las imágenes de los santos, que colgábamos al lado del tocador...

Ya no hay nada de eso, todas las cosas antiguas han ido desapareciendo. Y yo, yo también me fui borrando sin que nadie se diera cuenta.

Primero me cambiaron de cuarto, pues la familia creció y los nuevos miembros eran más importantes que yo. Después me pasaron a otra habitación más pequeña aún, acompañada de una de mis biznietas. Ahora ocupo el cuarto de los trastos, el que está en el patio de atrás. Prometieron cambiar el vidrio roto de la ventana, pero se les olvidó, y todas las noches por allí se cuele un airecito helado que aumenta mis dolores reumáticos.

Desde hace mucho tiempo tenía intenciones de escribir, pero me he pasado semanas buscando una pluma, y cuando al fin la encontraba, yo misma volvía a olvidar en dónde la había puesto. A mis años, las cosas se pierden fácilmente, claro que es una enfermedad de ellas, de las cosas, porque yo estoy segura de tenerlas, pero siempre desaparecen.

La otra tarde caí en la cuenta de que también mi voz ha desaparecido. Cuando les hablo a mis nietos o a mis hijos, no me contestan. Todos conversan sin mirarme, como si yo no estuviera con ellos. A veces intervengo en la conversación, segura de que lo que les voy a decir no se le ha ocurrido a ninguno y que les van a servir de mucho mis consejos, pero no me oyen, no me miran, no me responden. Entonces, llena de tristeza, me retiro a mi cuarto antes de terminar de tomar la taza de café. Lo hago así de repente, para que comprendan que estoy enfadada, para que se den cuenta de que me han ofendido y vengan a buscarme y me pidan perdón. Pero nadie viene.

El otro día les dije que cuando muriera entonces sí que me iban a extrañar. El niño más pequeño dijo: “¿Ah... es que tú estás viva, abuela?”. Les pareció tan gracioso que no paraban de reírse. Tres días estuve llorando en mi cuarto, hasta que una mañana entró uno de los muchachos a sacar unas mantas viejas y ni me dio los buenos días.

Fue entonces cuando me convencí de que soy invisible.

Me quedo de pie en medio del salón para ver si siendo un estorbo me hablan, aunque sea para decirme que me vaya a mi cuarto, pero mi hija sigue barriendo sin tocarme, los niños corren a mi alrededor, de un lado al otro, sin tropezar conmigo, sin mirarme.

Cuando mi yerno cogió un resfriado, tuve la oportunidad de serle útil: le llevé un té especial que yo misma había preparado. Se lo puse en la mesita y me senté a esperar que se lo tomara. Pero estaba viendo la televisión y ni un parpadeo me indicó que se daba cuenta de mi presencia. El té, poco a poco, se fue enfriando. Mi corazón también.

Un viernes, los niños estaban muy alborotados, me vinieron a decir que al día siguiente nos iríamos todos al campo. Me puse muy contenta ¡Hacía tantos años que no salía, y menos al campo! Entonces el sábado fui la primera en levantarme. Quería arreglar mis

cosas, así que me tomé mi tiempo para no retrasarlos. Al rato, entraban y salían de la casa corriendo, echaban bolsas y juguetes al coche. Yo ya estaba lista y, muy alegre, me puse en el portal a esperarlos. Cuando arrancaron y el coche desapareció envuelto en un gran bullicio, comprendí que yo no estaba invitada, tal vez porque no cabía en el coche o porque mis pasos lentos impedirían que todos los demás corretearan a gusto por el bosque.

Sentí cómo mi corazón se encogía. La barbilla me temblaba como cuando uno ya no aguanta las ganas de llorar. Volví al cuarto de los trastos, me senté en la cama, y lloré.

Vivo con mi familia, y cada día me hago más vieja, pero una cosa curiosa es que ya no cumplo años. Nadie lo recuerda, mi cumpleaños. Todos están tan ocupados... Yo los entiendo, ellos sí hacen cosas importantes, ríen, gritan, sueñan, lloran, se abrazan, se besan. Yo ya no sé a qué saben los besos. Antes besuqueaba a los pequeños, era un gusto enorme tenerlos en mis brazos como si fuesen míos. Sentía su delicada y suave piel y su respiración muy cerca de mí. Tenerlos conmigo me hacía sentir tan viva...y hasta me daba por cantar canciones de cuna que nunca creía recordar.

Pero un día mi nieta, que acababa de tener a su bebé, me dijo que no era bueno que los ancianos besaran a los niños, por cuestiones de salud. Ya no me acerqué más a ellos, no fuera ser que les pasara algo malo a causa de mis imprudencias. ¡Tengo tanto miedo de hacerles daño!

Ojalá que el día de mañana, cuando ellos lleguen a viejos, sigan teniendo esa unión entre ellos que ahora tienen, para que no sientan el frío ni la tristeza de convertirse en un estorbo.

Espero que tengan la suficiente inteligencia para aceptar que sus vidas ya no cuentan, que son invisibles.

Y Dios quiera que no se conviertan en “viejos sentimentales que todavía quieren llamar la atención”, como me dicen a mí.

Y que sus hijos no los hagan sentir como meros bultos, para que el día de mañana no tengan que morirse estando muertos ya desde antes... igual que yo.